

DE ALGUNOS HECHOS, SUCESOS, ANÉCDOTAS Y OTRAS NOTICIAS RELACIONADAS CON LA CIUDAD DE ECIJA, ENCONTRADAS EN LAS HEMEROTECAS ESPAÑOLAS.

(Capítulo XXXIX)

Octubre 2017
Ramón Freire Gálvez.

Mi amigo Juanillo (el hijo del Antoñuelo, el del DIU y el DUI allí en tierras catalanas) ya no está tan preocupado, porque, como a todo el mundo, los problemas personales de cada uno (hasta que se resuelven y él los resolvió felizmente), se anteponen a los problemas generales y sobre todo al económico, como él y muchos más pensamos, que es el problema de Cataluña, pero esta semana, que el 16 de este mes entrará, a lo mejor lo tenemos más claro.

Lo que sí es verdad, es que tengo un calor que me muero y no es de mi tratamiento, que dicho sea paso va, de momento, a toda vela, sino por este otoño tan caluroso, que no sé si será por estar en un periodo de sequía, por los huracanes del Caribe, por las arenas de África o por la falta de agua en el Genil, la verdad es que cuando he terminado este artículo, cerca de las diez de la noche estamos a 30º.

Pero a lo que aquí me trae que es lo interesante para mis seguidores, continuar mi senda ecijanista en averiguación de nuestras cositas y entre ellas las que siguen:

Inicio este capítulo, con una noticia que encuentro relacionada con un dominico ecijano, que dejó su vida en tierras chinas, consecuencia del ejercicio de su vida eclesiástica. Yo ya me hice eco de su vida, con una reseña biográfica mucho más extensa que la ahora encontrada, cuando publiqué mi obra "*Ecijanos en Andalucía, España y el Mundo*", y la que encuentro, aparece publicada en **THADER diario para todos, publicada en Orihuela el día 17 de septiembre de 1895**, que dice así:

"JUAN BAUTISTA MORALES. MISIONERO Y ESCRITOR ESPAÑOL. Nació en Écija (Sevilla) hacia 1597, murió en Yo-Ning-Chen (China) en 17 de septiembre de 1664.

En temprana edad ingresó en la Orden de Santo Domingo, y fue enviado a la misión de las Islas Filipinas (1618). Recibió en Méjico las órdenes monásticas, en su breve estancia en este país (1629). Trasládose a China (1633); predicó el Evangelio en la provincia Fokien, fue perseguido por los mandarines.

Obligado a salir de China (1638) recibió de los Dominicos el encargo de



venir a Europa para denunciar al Pontífice las prácticas de idolatrías permitidas a los neófitos chinos. Llegó a Roma (1643) y presentó al Papa sus Memorias que contenían 17 proposiciones y que fue impresa.

En dicho trabajo reprochaba el dispensar a los cristianos que dejaban de cumplir los mandamientos de la Iglesia, el consentir que los chinos se sacrificaran a ídolos, con tal que llevaran una cruz a la que dirigiesen mentalmente sus plegarias; el autorizar el culto de Confucio y de los antepasados; el no mostrar a catecúmenos el crucifijo, que tampoco exponían en sus iglesias.

Condenó el Papa Inocencio X estos abusos por un decreto en 12 de septiembre de 1646. Partió Morales para Oriente con 30 religiosos de su Orden, entre los cuales se contaba Navarrete y Prado. No pudo llegar a la China hasta 1659 y allí hizo pública la decisión pontificia.

Negó el bautismo constantemente a los que no querían renunciar al rito chino. Dejó varios escritos, entre ellos: *Historia evangélica del reino de la China; Dictionarium*, probablemente latino-chino".

Aporto yo los datos de su nacimiento, con los que encabezaba su biografía en mi obra anteriormente citada, que son los siguientes:

"Nació en Écija, siendo bautizado el miércoles 13 de Diciembre de 1600 en la Parroquia de Santa María, hijo de Juan de Morales y María de Guzmán, siendo padrino D. Pedro de Eslava y Zayas (*Libro de Bautismos 112, página 9 vuelta, Parroquia de Santa María*).

Con diecisiete años, ingresó en el convento de dominicos San Pablo y Santo Domingo de Écija. Cursó los estudios de Teología y siendo aún diácono, marchó de misionero a Filipinas, incorporándose a la misión que salió de Cádiz en el año de 1620, rumbo a aquellas islas, vía México".

Incrédulo yo, y pienso que muchos de mis lectores pensarán igual, cuando lean la siguiente noticia, aunque siempre he dicho que nadie está en posesión de la verdad absoluta. Y digo esto, porque, respecto de las tortas de manteca y yemas ecijanas, pensaba y creo que ustedes también, eran productos de nuestros tiempos, pero nada más alejado de la realidad y lo van a comprobar cuando lean lo siguiente. Aparece la noticia en ***Almanaque de la Ilustración para 1877, editado en Madrid a finales de 1876*** y dentro de lo relacionado con el mes de Diciembre, hacen constar:

"...La Noche-Buena, la noche en que el mundo y el linaje humano logran tanta ventura, ¿cómo no ha de solemnizarse con toda clase de diversiones y placeres? Cuantas ciudades, villas y aldeas hay en España compiten en esta noche para alabar estrepitosamente el nacimiento de Cristo. La zambomba y el pandero resuenan por todas partes donde hay una vivienda, desde Deva a Calpe y desde Trafalgar hasta Rosas. La mitad



de los españoles oye la misa del gallo, y todo el que tiene que cenar, cena lo más y mejor que puede. Un hambriento en Noche-Buena es la antítesis más

aflictiva que ha podido soñar el vulgo. No hay población que no produzca o luzca en Noche-Buena sus más famosos artículos gastronómicos; Jijona su turrón; su mazapán la imperial Toledo; Córdoba sus empanadas; Ronda sus peros; Montalbán sus melones; sus roscos de Loja; Lucena sus hojaldres; **Écija, sus tortas de manteca y sus bizcochos de yema**; Morón sus tortillas de azúcar o polvorones...”

Una sola matización. La noticia, en lo que nos afecta, por lo de las tortas de manteca y yemas, se refiere al año de 1877 y me imagino que ello vendría de más atrás, y ahora, no lo olvide, estamos en el año de 2017. Han pasado unos cuantos años y más de un siglo, pues ya nuestra Écija era famosa por sus tortas de manteca y las yemas.



Vamos con otra noticia. Cuando España se ve atacada por las tropas de Napoleón y se produce la llamada Guerra de la Independencia, Écija no quedó al margen y además dejó en las hemerotecas, una canción patriótica editada en nuestra ciudad, por Don Joaquín Chaves el año de 1808, que, bajo el título de CANCION PATRIOTICA, tiene el siguiente contenido:

Al arma, españoles,
Al arma, corred,
Salvad a la patria
Que os ha dado el ser.
Si os llamáis sus hijos,
Mostradlo esta vez.
Viva nuestra España,
Perezca el francés,
Muerta Bonaparte.
Y el duque de Berg.
Desde que amanezca
Hasta anochecer,
Y en anocheciendo
Hasta amanecer,
Repetid constantes:
Iré... Moriré...
Mi vida no aprecio
Si es contra el francés.
El reino vacila,
La nación se ve
Puesta al precipicio
Próxima a caer
De aquel alto grado
De gloria en que fue
Del orbe admirada:
Sostenedla pues.
Vuestro arresto heroico

Hará estremecer
Al Águila negra
Que dictó cruel
Devorar infame
El regio dosel
Del español cetro:
Ir será vencer.
La Europa que en ira
Se abrasa con ver
Del hombre malvado
La impostura infiel,
Vuestro celo inflama,
Y espera el placer
De decir triunfaron,
Se vengaron de él.
El Cielo, de donde
Baxa todo bien,
Mirará propicio
Vuestra acción, y aquel
Dios omnipotente,
Que hace descender
Rayos a la tierra,
Os hará vencer.
Muera, &c.
Bonaparte entonces
Será qual baxel
Que chocó en la roca;

Huirá qual lebrel
A quien espantaron;
Dirán; su poder
Todo se ha pasado,
Y aquí Troya fue.
Muera, &c.
El vaso halagüeño
Que le ofreció miel,
Convertirá España
En amarga hiel,
Así nuestras frentes
Llenas de laurel
Se elevarán gratas
Al supremo Ser.
Fama voladora,
No te tardes, ve,

Publica en el mundo,
Que finó el papel
Del héroe ambicioso
Que ha querido hacer
Su esclava a la España,
Y atarla a su tren.
Pública que el culto,
Y el Papa también...
Que Fernando es hoy
De aquel oropel...
Mas aguarda un poco,
Yo iré, pelearé,
Y mis compatriotas,
Y logrará ver
MUERTO A BONAPARTE Y AL
DUQUE DE BERG."

En el capítulo XXXVI aportaba un artículo relacionado con un grave accidente que sufrió el tren de la línea Écija-Marchena en Septiembre de 1883. Pero a mayor abundamiento respecto del citado accidente, encuentro un testimonio mucho más fidedigno y exacto, publicado en ***El Guadalete, periódico político y literario, de Jerez de la Frontera, domingo 21 de Septiembre de 1883*** que, aunque extenso, por su contenido pormenorizado merece la pena aportarlo íntegramente y dice así:

"Retiramos algún material para dar cabida, tomándolo de *El Eco de Écija*, al interesante comunicado del Sr. D. Celestino Montero, director del colegio San Fulgencio de dicha ciudad y testigo presencial del siniestro ocurrido en aquella vía férrea. El Sr. Montero, describe con vivos y patéticos colores la desgracia de que dejamos hecha mención, y los datos que aduce concuerdan en casi todos sus puntos con los referenciados en los periódicos de Sevilla. Dice así el comunicado:

Écija, 14 de septiembre de 1883. Sr. Director de *El Eco de Écija*.

Muy Sr. Mío: Como testigo y víctima a la vez de la horrenda catástrofe ocurrida en nuestra línea férrea en la mañana del miércoles 12 del corriente, me voy a permitir hacer una descripción, siquiera sea pálida, de tan triste suceso para que el público sepa a qué atenerse respecto a sus detalles y a las verdaderas causas que lo motivaron.

El tren, compuesto de cuatro bateas llenas de trigo, probablemente en su carga máxima, a juzgar por el considerable número de sacos que contenía; de un coche de 2ª clase, uno de 1ª y otro de 3ª, colocados en el orden que se citan, partió de nuestra estación a la hora marcada para su salida, llegando también a su hora y sin novedad a la Fuentes.



En esta, entraron en uno de los cuatro departamentos, del coche de 2ª, la señora y cinco hijas de D. Antonio Góngora, vecino de Marchena y otra joven de la misma villa, sobrina de D. Julián Rubio. En otro departamento del mismo coche, tomaron asiento un señor Médico de la Armada y un joven de Fuentes, cuyo nombre ignoro; el tercero, lo ocupábamos desde Écija, D. Manuel Mármol y el que suscribe; el cuarto estaba vacío. El coche de 1ª no llevaba pasajero alguno y el de 2ª iba completamente lleno (La foto de la derecha corresponde a la fachada principal de la estación de Écija, años 1960).

Aunque a la llegada a Fuentes oímos la voz "de diez minutos de parada", estos se convirtieron nada menos que en 34. A pesar de que si mal no recuerdo, la maniobra que hubo de practicarse se redujo a dejar una batea y tomar otra con cargamento de cebada. No es extraño se necesitase más de media hora para efectuar dicha maniobra, si se tiene en cuenta que el maquinista invirtió la mayor parte de ese tiempo en tomar alegremente copas y más copas, en unión de dos prójimas que de Écija venían, agotando así la paciencia de los viajeros, hasta el punto de que un guardia civil, que iba en el tren, le increpó y reconvino durante al maquinista por su ocupación inconveniente, que podía dar funestos resultados.

El tren arranco por fin; eran las 6 y 5 minutos, siendo así que a las 6 y 7 debíamos llegar a Marchena, para enlazar con otro tren procedente de Osuna. Como era imposible salvar en dos minutos los 17 kilómetros, que de Marchena nos separaban, para subsanar en gran parte tan gran retraso, sólo quedaba un medio: ganar en velocidad el tiempo perdido en copas, y como este fue considerable, aquella debió ser excesiva. En efecto, desde el momento en que partimos, notamos que la tensión del vapor aumentaba considerablemente, la marcha crecía y se multiplicaba en cada segundo; el tren como impelido por un fuerte huracán, llegó a adquirir una rapidez vertiginosa.

Las consecuencias de tamaña imprudencia, debida al alcohol, en una vía en pésimas condiciones, hasta para llevar la marcha reglamentaria, no se dejaron esperar. Con la velocidad del rayo habíamos recorrido más de cuatro kilómetros, cuando se pronto se dejó sentir una fuerte trepidación.



El coche que yo ocupaba, dio un bote violentísimo; a esta sacudida, sucedió otra y otra en distintos sentidos y en el corto tiempo de unos dos segundos. Mi compañero de viaje y yo, lanzados ya en una u otra

dirección, íbamos de acá para allá como pelotas de goma; nuestras actitudes debieron ser demasiados grotescas y dignas de excitar la hilaridad en circunstancias menos serias.

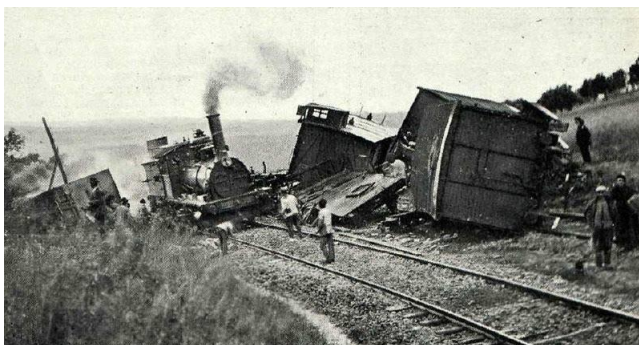
A esa contradanza diabólica sucedió un ruido espantoso; el producido por el rechinamiento de los hierros y cadenas, que se hacían pedazos por el crujir de las maderas que se destrozaban y por el estruendo del tren que se

hacia polvo, nos dejó ensordecidos. Sentí que el piso se desplomaba debajo de mí, tendido y envuelto en maderas, descendí por un plano inclinado; una avalancha de materias cuya naturaleza no puedo precisar, pasó por encima de mi cabeza, dejándome envuelto en una oscuridad tenebrosa; un segundo después ruido, estruendo, movimiento, todo había cesado y me encontré tirado sobre un montón de astillas y bañado por los rayos del sol.

Levánteme maquinalmente, como el que despierta de un sueño profundo, poseído de una pesadilla horrible; a nadie veía; no oía una sola voz, ni siquiera un gemido; eran los primeros momentos de estupor. Créime por de pronto que yo era el único superviviente a aquella escena de destrucción; de pie sobre aquel hacinamiento de fragmentos de madera y hierros, sin sombrero, atónito y con la vista fija en el panorama desolador que me rodeaba, parecía representar el genio de la muerte con mi planta asentada sobre un cementerio. Un movimiento producido a mis pies, vino a sacarme de mi atonía; inclíneme, empecé a remover las maderas, y noto que aun metro de distancia se levantaba un montón de astillas, de entre las cuales surgió la figura de un hombre, cual espectro que sale de una tumba; reconocí a mi compañero el Sr. Mármol con la cabeza y el rostro ensangrentado.

A dos metros de mí había un tablón inmenso, probablemente el techo de uno de los vagones, que había quedado casi entero y cubría un montón de fragmentos. Oigo voces a mi espalda, por mi derecha y saltando sobre ruinas pasa el guardia que en el tren venía, se apodera de aquel tablón por su centro, y siendo insuficientes sus fuerzas para levantarlo, grita: "aquí todo el que pueda"; me apoderé de uno de los extremos del tablón, otros viajeros ayudaron por el otro extremo, consiguiendo colocarlo en posición vertical y voltearlo después a la parte opuesta.

Entre la multitud de fragmentos que el tablón cubría, veíase la extremidad de un vestido de señora; allí acude el guardia, separa con rapidez multitud de despojos y saca a la señorita sobrina de Rubio, sin sentido y con una herida que le cruzaba toda la parte superior de la cabeza. Aquel guardia, infatigable y multiplicando sus esfuerzos, continuó su misión salvadora, ayudado de algunos viajeros, y en poco tiempo fue extraída de entre los escombros toda la familia Góngora; la madre y cuatro hijas estaban todas heridas, saliendo ilesa la menor, niña de unos ocho a diez años, que estaba en una pequeña cavidad del terreno cubierta de tablas. El médico de la Armada recibió un golpe terrible en la espalda. A ese pobre señor se le colocó sobre un almohadón y por sus gemidos y la inacción en que se encontraba, acusaba un estado de gravedad suma.



Entre los ayes y lamentos que producía aquella escena de dolor y de sangre, oigo de nuevo la voz del guardia, que repetía por centésima vez: ¿falta alguno? El interventor ¿dónde está el interventor?, grita un empleado del tren. No viéndose por ninguna parte, continuó de nuevo la obra de remoción, y se le extrae por fin sin sentido, con la cabeza y rostro llenos de heridas.

Según el mismo interventor me refirió una hora después, con voz fatigosa, encontrábase en el estribo del coche de 2ª picando los billetes de la familia Góngora, cuando sintió el primer estremecimiento; afianzose instintivamente a la ventanilla y, a poco, a consecuencia de una fuerte sacudida, se vio lanzado al aire y volteado por encima del vagón, yendo a caer por el lado opuesto, y quedando trastornado.

Todos los que íbamos en el coche de 2ª, a excepción de la niña indicada, resultamos heridos, siendo once el número de estos, incluido el interventor. Yo recibí una fuerte contusión en la mejilla izquierda, una pequeña herida y varias rozaduras en la cabeza y algunos rasguños en la mano y brazo derechos.

Siento no poder consignar aquí, por ignorarlo, el nombre de aquel guardia, o mejor dicho, de aquel héroe que fue la Providencia en tal tribulación; a sus eficaces auxilios, a su trabajo asiduo, y a su actividad extraordinaria debiose sin dudas, el que no hubieran muerto por asfixia algunas de las personas heridas. ¡Loor al benemérito Cuerpo de la Guardia Civil! ¡Loor al digno individuo que a tal altura coloca el uniforme de su esclarecido Instituto!

Como la locomotora no había descarrilado, tan luego como el maquinista vio la inmensa catástrofe, que en pos de sí dejaba, desenganchó la máquina y voló a Marchena, distante aún más de dos leguas, a dar parte y a demandar auxilio. Como el tren de socorro tardó una hora, y mi contusión no me molestaba gran cosa, porque sus efectos no se dejaron sentir hasta algo después, una vez sacados los heridos, dediqué un rato a examinar el lugar del siniestro, cuyo aspecto era aterrador.

Nos encontrábamos entre los kilómetros 12 y 13 al borde de un arroyo, e inmediato a la alcantarilla sobre él construida. El tren se había fraccionado en tres trozos; el primero compuesto de máquina, furgón y las cuatro bateas de mercancías quedó sobre la vía, a alguna distancia de la alcantarilla; al pie de esta y en muy reducido espacio estaban hechos añicos los coches de 1ª y 2ª; revueltas y confundidas las astilla del uno con las del otro; el coche de 3ª quedó sobre la alcantarilla ligeramente inclinado y detrás el furgón de cola.

La última batea había perdido sus ruedas posteriores y se encontraba echada sobre la vía con las cadenas destrozadas; los platillos de los topes habían desaparecido. La obra de fábrica del ala izquierda de la alcantarilla, en el sentido de nuestra marcha, estaba destrozada.

La carta concluye con la relación de la llegada a Marchena, donde todos los heridos fueron tratados con el mayor esmero. También se lamenta el Sr.

Montero de la escandalosa impunidad de que disfrutaban las Empresas, y dice al terminar su carta: "Lo verdaderamente extraño, lo que no se concibe más que por un efecto providencial, es como habiéndose hecho los dos vagones pequeñas astillas, no nos hicimos también pedazos cuantos íbamos dentro".

No quiero terminar este capítulo, por hoy, con la noticia trágica, de mucha mayor importancia en aquellos años en los que ocurrió y he encontrado, para finalizar, algo más lírico y hermoso, donde aparece reflejada nuestra ciudad y ello resulta de la revista semanal ***El Museo Universal***, que en su **número de 14 de abril de 1864**, al realizar la crónica de un baile celebrado en el Palacio de los Duques de Medinaceli en Madrid, entresaco lo relativo a Écija que dice así:

"CUATRO PINCELADAS SOBRE EL BAILE DE TRAJES EN EL PALACIO DE LOS SEÑORES DUQUES DE MEDINACELI... A todas esas dotes del duque reúne la duquesa una singular hermosura. Fue ella la verdadera heroína de la fiesta,



que nos hemos propuesto reseñar, y estará, sin duda, impaciente el lector porque se la presentemos tan bella como la vieron cuantos concurren a tan espléndido baile. Bello, tan bello como está el sol al salir de los fondos de los mares, estaba el rostro de Ángela, duquesa de Medinaceli, al presentarse en los salones, vestida de sirena. Su cabeza, de la que Murillo habría hecho una virgen y Ticiano una Venus, tenía la frente rodeada de dos ramas de rosas sujetas por hilos de brillantes, sujetos a su vez por manojos de yerbas marinas que se confundían con los mil rizos en que estaba convertida toda su cabellera. Movidos estos rizos, como por encanto, se enroscaban por la cintura dando a la temible sirena un carácter de firmeza y amor, que arrebatava. El escote del vestido estaba

graciosamente orlado de una berta de corales y la garganta cubierta de una tela que imitaba al agua y era de tanta transparencia, que se creía ver a los céfiros mismos resbalando sobre aquella tersa superficie velada por el pudor. Nuestros antiguos poetas habrían escrito temas enteros de poesías hablando de aquel velo misterioso sobre el cual descasaban collares de perlas orientales, collares de brillantes y esmeraldas negras de gran tamaño como no se vieron jamás por esta corte.

Formaban el corpiño grandes escamas de pescado, bordadas de hilos de oro, planta y seda de todos colores. Entraba en él hasta el cristal y era la ilusión completa. Había en todo movimiento y vida y se adivinaba que aquellas escamas cubrían el corazón y envolvían el mayor encanto de la sirena; un talle donoso y bizarro, como jamás se había visto en toda Andalucía, en aquella tierra bendita de Dios, la perla del universo ¡Oh! Écija, Écija, no circuye el mar en tus cármes y palacios, pero los baña ese Genil que está en contacto con el Océano, y de él vino en noche de bendición la sirena, que es y será la gloria de

tus cantares. El recuerdo de su belleza no morirá jamás mientras no se extinga la poesía del suelo que la dio su existencia...”

El dibujo que he dejado acompañado, respecto del citado baile, es el propio que aparece en dicha revista *El Museo Universal*.

Pero preguntándome la relación de Écija con la duquesa de Medinaceli, la explicación es sencilla; el cronista se estaba refiriendo a Ángela Apolonia Pérez de Barradas y Bernuy, hija del IX Marqués de Peñaflores, nacida en 1827 y fallecida en 1903, que fue la esposa de Luis Tomás Fernández de Córdoba Ponce de León, XV Duque de Medinaceli.



La verdad es que, con la o el calor que hace, no ha quedado nada mal. Termino por hoy, aclarando que, por mientras preparo otras noticias (lo que me lleva un tiempo lógicamente), iré publicando otros temas que espero sean de su interés, para usted, mi querido y amigo lector.